

CELEBRACIÓN DE LA PALABRA

Domingo de Ramos en la pasión del Señor

DEBIDO A LAS MEDIDAS SANITARIAS VIGENTES, seguimos ofreciendo una celebración de la Palabra que permitirá santificar el domingo, solo o en familia.

SI ES POSIBLE, antes de la celebración se dispondrá de una simple cruz o un crucifijo visible en la sala de estar y se encenderán una o varias velas. Se puede colocar también una imagen o cuadro de la Virgen María.

EN FAMILIA, se elegirá quién guíe la oración, y se repartirán las lecturas antes de la celebración.

Quien guíe la oración puede decir:

En este Domingo de Ramos, circunstancias excepcionales nos impiden participar en la celebración de la Eucaristía.

Sin embargo, sabemos que cuando nos reunimos en su nombre, Jesucristo está presente en medio de nosotros.

Y recordamos que cuando se lee la Escritura en la Iglesia, es el Verbo mismo de Dios quien nos habla.

El relato de la pasión es la gran palabra de amor que el Padre pronuncia sobre todos nosotros: «No ahorró a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros».

Durante esta celebración, rezaremos especialmente para que cese la pandemia que amenaza al mundo, por los enfermos y los que han muerto, por sus amigos y sus familiares, y por todos aquellos que trabajan al servicio de los demás en la lucha contra este flagelo.

En el umbral de la Semana Santa, fijemos intensamente nuestra mirada en Jesucristo Redentor.

Preparémonos ahora a abrir nuestros corazones, guardando un momento de silencio.

SIGNO DE LA CRUZ

Después de un tiempo de silencio, todos se levantan y se signan diciendo:

En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

HIMNO

No me mueve, mi dios, para quererte (Anónimo)

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en esa cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y, aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera. Amén.

Amén.

Después de un tiempo de silencio, la persona encargada de la primera lectura sigue en pie mientras los demás se sientan.

Lectura del libro del profeta Isaías

50,4-7

«**E**N AQUEL ENTONCES, dijo Isaías:/ el Señor me ha dado una lengua
experta,/ para que pueda confortar al abatido/ con palabras de aliento.
Mañana tras mañana, el Señor despierta mi oído,/ para que escuche yo, como discípulo./
El Señor Dios me ha hecho oír sus palabras/ y yo no he opuesto resistencia/ ni me he
echado para atrás.

Ofrecí la espalda a los que me golpeaban,/ la mejilla a los que me tiraban de la barba./
No aparté mi rostro de los insultos y salivazos.

Pero el Señor me ayuda,/ por eso no quedaré confundido,/ por eso endurecí mi rostro
como roca/ y sé que no quedaré avergonzado».

— *Palabra de Dios.*

Es preferible cantar el salmo. De lo contrario, en familia, también se puede leer el salmo alternando estribillo y estrofas.

—• SALMO 21 •—

R Dios mío, Dios mío,
¿por qué me has abandonado?

Todos los que me ven, de mí se burlan;
me hacen gestos y dicen:

«Confiaba en el Señor, pues que él lo salve;
si de veras lo ama, que lo libre». **R**

Los malvados me cercan por doquiera
como rabiosos perros.

Mis manos y mis pies han taladrado
y se puedan contar todos mis huesos. **R**

Reparten entre sí mis vestiduras
y se juegan mi túnica a los dados.
Señor, auxilio mío, ven y ayúdame,
no te quedes de mí tan alejado. **R**

Contaré tu fama a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.

Fieles del Señor, alábenlo;
glorificarlo, linaje de Jacob,
témelo, estirpe de Israel. **R**

CRISTO, siendo Dios,/ no consideró que debía aferrarse/ a las prerrogativas de su condición divina,/ sino que, por el contrario, se anonadó a sí mismo,/ tomando la condición de siervo,/ y se hizo semejante a los hombres. Así, hecho uno de ellos, se humilló a sí mismo/ y por obediencia aceptó incluso la muerte,/ y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo exaltó sobre todas las cosas/ y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre,/ para que, al nombre de Jesús, todos doblen la rodilla/ en el cielo, en la tierra y en los abismos,/ y todos reconozcan públicamente que Jesucristo es el Señor,/ para gloria de Dios Padre.

— *Palabra de Dios.*

Todos se levantan en el momento en que se dice o canta la aclamación del evangelio.

Honor y gloria a ti, Señor Jesús. Cristo se humilló por nosotros y por obediencia aceptó incluso la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todas las cosas y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre.

Si hay niños pequeños, se puede leer la versión breve, indicada entre corchetes. Quien hace la lectura hágalo pausadamente.

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo

26,14—27,66

(Se puede omitir el texto entre corchetes.)

✠: Jesús, **C**: Cronista, **T**: Todos.

Cronista **E**N AQUEL TIEMPO, [uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a ver a los sumos sacerdotes y les dijo:

T «¿Cuánto me dan si les entrego a Jesús?»

C Ellos quedaron en darle treinta monedas de plata. Y desde ese momento andaba buscando una oportunidad para entregárselo.

C El primer día de la fiesta de los panes Ácidos, los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron:

T «¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?»

C Él respondió:

✠ «Vayan a la ciudad, a casa de fulano y díganle: “El Maestro dice: mi hora está ya cerca. Voy a celebrar la Pascua con mis discípulos en tu casa”».

C Ellos hicieron lo que Jesús les había ordenado y prepararon la cena de Pascua.

Al atardecer, se sentó a la mesa con los Doce y mientras cenaban, les dijo:

✠ «Yo les aseguro que uno de ustedes va a entregarme».

C Ellos se pusieron muy tristes y comenzaron uno por uno:

T «¿Acaso soy yo, Señor?»

C Él respondió:

✠ «El que moja su pan en el mismo plato que yo, ese va a entregarme. Porque el Hijo del hombre va a morir, como está escrito de él; pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del

hombre va a ser entregado! Más le valiera a ese hombre no haber nacido».

C Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar:

T «¿Acaso soy yo, Maestro?»

C Jesús le respondió:

✘ «Tú lo has dicho».

C Durante la cena, Jesús tomó un pan y, pronunciada la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo:

✘ «Tomen y coman. Este es mi Cuerpo».

C Luego tomó en sus manos una copa de vino y, pronunciada la acción de gracias, la pasó a sus discípulos, diciendo:

✘ «Beban todos de ella, porque esta es mi Sangre, Sangre de la nueva alianza, que será derramada por todos, para el perdón de los pecados. Les digo que ya no beberé más del fruto de la vid, hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el Reino de mi Padre».

C Después de haber cantado el himno, salieron hacia el monte de los Olivos.

Entonces Jesús les dijo:

✘ «Todos ustedes se van a escandalizar de mí esta noche, porque está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño. Pero después de que yo resucite, iré delante de ustedes a Galilea».

C Entonces Pedro le replicó:

T «Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré».

C Jesús le dijo:

✘ «Yo te aseguro que esta misma noche, antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces».

C Pedro le replicó:

T «Aunque tenga que morir contigo, no te negaré».

C Y lo mismo dijeron todos los discípulos.

Entonces Jesús fue con ellos a un lugar llamado Getsemaní y dijo a los discípulos:

✘ «Quédense aquí mientras yo voy a orar más allá».

C Se llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo y comenzó a sentir tristeza y angustia.

Entonces les dijo:

✘ «Mi alma está llena de una tristeza mortal. Quédense aquí y velen conmigo».

C Avanzó unos pasos más, se postró rostro en tierra y comenzó a orar, diciendo:

✘ «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero que no se haga como yo quiero, sino como quieres tú».

C Volvió entonces a donde estaban los discípulos y los encontró dormidos.

Dijo a Pedro:

✘ «¿No han podido velar conmigo ni una hora? Velen y oren, para no caer en la tentación, porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil».

C Y alejándose de nuevo, se puso a orar, diciendo:

✘ «Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad».

C Después volvió y encontró a sus discípulos otra vez dormidos, porque tenían los ojos cargados de sueño. Los dejó y se fue a orar de nuevo, por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Después de esto, volvió a donde estaban los discípulos y les dijo:

✘ «Duerman ya y descansen. He aquí que llega la hora y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levántense! ¡Vamos! Ya está aquí el que me va a entregar».

C Todavía estaba hablando Jesús, cuando llegó Judas, uno de los Doce, seguido de una

chusma numerosa con espadas y palos, enviada por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. El que lo iba a entregar les había dado esta señal:

T «Aquel a quien yo le dé un beso, ese es. Aprehéndanlo».

C Al instante se acercó a Jesús y le dijo:

T «¡Buenas noches, Maestro!»

C Y lo besó. Jesús le dijo:

✘ «Amigo, ¿es esto a lo que has venido?»

C Entonces se acercaron a Jesús, le echaron mano y lo apresaron.

Uno de los que estaban con Jesús, sacó la espada, hirió a un criado del sumo sacerdote y le cortó una oreja.

Le dijo entonces Jesús:

✘ «Vuelve la espada a su lugar, pues quien usa la espada, a espada morirá. ¿No crees que si yo se lo pidiera a mi Padre, él pondría ahora mismo a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Pero, ¿cómo se cumplirían entonces las Escrituras, que dicen que así debe suceder?»

C Enseguida dijo Jesús a aquella chusma:

✘ «¿Han salido ustedes a apresarme como a un bandido, con espadas y palos? Todos los días yo enseñaba, sentado en el templo, y no me aprehendieron. Pero todo esto ha sucedido para que se cumplieran las predicciones de los profetas».

C Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.

Los que aprehendieron a Jesús lo llevaron a la casa del sumo sacerdote Caifás, donde los escribas y los ancianos estaban reunidos. Pedro los fue siguiendo de lejos hasta el palacio del sumo sacerdote. Entró y se sentó con los criados para ver en qué paraba aquello.

Los sumos sacerdotes y todo el sanedrín andaban buscando un falso testimonio contra Jesús, con ánimo de darle muerte; pero no lo encontraron, aunque se presentaron muchos testigos falsos. Al fin llegaron dos, que dijeron:

T «Este dijo: “Puedo derribar el templo de Dios y reconstruirlo en tres días”».

C Entonces el sumo sacerdote se levantó y le dijo:

T «¿No respondes nada a lo que estos atestiguan en contra tuya?»

C Como Jesús callaba, el sumo sacerdote le dijo:

T «Te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios».

C Jesús le respondió:

✘ «Tú lo has dicho. Además, yo les declaro que pronto verán al Hijo del hombre, sentado a la derecha de Dios, venir sobre las nubes del cielo».

C Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras y exclamó:

T «¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Ustedes mismos han oído la blasfemia. ¿Qué les parece?»

C Ellos respondieron:

T «Es reo de muerte».

C Luego comenzaron a escupirle en la cara y darle de bofetadas. Otros lo golpeaban, diciendo:

T «Adivina quién es el que te ha pegado».
C Entretanto, Pedro estaba fuera, sentado en el patio. Una criada se le acercó y le dijo:
T «Tú también estabas con Jesús, el galileo».
C Pero él lo negó ante todos, diciendo:
T «No sé de qué me estás hablando».
C Ya se iba hacia el zaguán, cuando lo vio otra criada y dijo a los que estaban ahí:
T «También ese andaba con Jesús, el nazareno».
C Él de nuevo lo negó con juramento:
T «No conozco a ese hombre».
C Poco después se acercaron a Pedro los que estaban ahí y le dijeron:
T «No cabe duda de que tú también eres de ellos, pues hasta tu modo de hablar te delata».
C Entonces él comenzó a echar maldiciones y a jurar que no conocía a aquel hombre. Y en aquel momento cantó el gallo. Entonces se acordó Pedro de que Jesús había dicho: «Antes de que cante el gallo, me habrás negado tres veces». Y saliendo de ahí se soltó a llorar amargamente.

Llegada la mañana, todos los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo celebraron consejo contra Jesús para darle muerte. Después de atarlo, lo llevaron ante el procurador, Poncio Pilato, y se lo entregaron.

Entonces Judas, el que lo había entregado, viendo que Jesús había sido condenado a muerte, devolvió arrepentido las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y a los ancianos, diciendo:

T «Pequé, entregando la sangre de un inocente».

C Ellos dijeron:

T «¿Y a nosotros qué nos importa? Allá tú».

C Entonces Judas arrojó las monedas de plata en el templo, se fue y se ahorcó.

Los sumos sacerdotes tomaron las monedas de plata y dijeron:

T «No es lícito juntarlas con el dinero de las limosnas, porque son precio de sangre».

C Después de deliberar, compraron con ellas el Campo del alfarero, para sepultar ahí a los extranjeros. Por eso aquel campo se llama hasta el día de hoy “Campo de sangre”. Así se cumplió lo que dijo el profeta Jeremías: Tomaron las treinta monedas de plata en que fue tasado aquel a quien pusieron precio algunos hijos de Israel, y las dieron por el Campo del alfarero, según lo que me ordenó el Señor.]

Jesús compareció ante el procurador, Poncio Pilato, quien le preguntó:

T «¿Eres tú el rey de los judíos?»

C Jesús respondió:

✠ «Tú lo has dicho».

C Pero nada respondió a las acusaciones que le hacían los sumos sacerdotes y los ancianos. Entonces le dijo Pilato:

T «¿No oyes todo lo que dicen contra ti?»

C Pero él nada respondió, hasta el punto de que el procurador se quedó muy extrañado. Con ocasión de la fiesta de la Pascua, el procurador solía conceder a la multitud la libertad del preso que quisieran. Tenían entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Dijo, pues, Pilato a los ahí reunidos:

T «¿A quién quieren que les deje en libertad: a Barrabás o a Jesús, que se dice el Mesías?»

C Pilato sabía que se lo habían entregado por envidia.

Estando él sentado en el tribunal, su mujer mandó decirle:

T «No te metas con ese hombre justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por su causa».

C Mientras tanto, los sumos sacerdotes y los ancianos convencieron a la muchedumbre de que pidieran la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Así, cuando el procurador les preguntó: «¿A cuál de los dos quieren que les suelte?» Ellos respondieron: «A Barrabás».

C Pilato les dijo:

T «¿Y qué voy a hacer con Jesús, que se dice el Mesías?»

C Respondieron todos:

T «Crucifícalo».

C Pilato preguntó:

T «Pero, ¿qué mal ha hecho?»

C Mas ellos seguían gritando cada vez con más fuerza:

T «¡Crucifícalo»

C Entonces Pilato, viendo que nada conseguía y que crecía el tumulto, pidió agua y se lavó las manos ante el pueblo, diciendo:

T «Yo no me hago responsable de la muerte de este hombre justo. Allá ustedes»

C Todo el pueblo respondió:

T «¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

C Entonces Pilato puso en libertad a Barrabás. En cambio a Jesús lo hizo azotar y lo entregó para que lo crucificaran.

Los soldados del procurador llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a todo el batallón. Lo desnudaron, le echaron encima un manto de púrpura, trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza; le pusieron una caña en su mano derecha y, arrodillándose ante él, se burlaban diciendo:

T «¡Viva el rey de los judíos!»,

C y le escupían. Luego, quitándole la caña, lo golpeaban con ella en la cabeza. Después de que se burlaron de él, le quitaron el manto, le pusieron sus ropas y lo llevaron a crucificar.

Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo obligaron a llevar la cruz. Al llegar a un lugar llamado Gólgota, es decir, «Lugar de la Calavera», le dieron a beber a Jesús vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no lo quiso beber. Los que lo crucificaron se repartieron sus vestidos, echando suertes, y se quedaron sentados ahí para custodiarlo. Sobre su cabeza pusieron por escrito la causa de su condena: «Este es Jesús, el rey de los judíos». Juntamente con él, crucificaron a dos ladrones, uno a su derecha y el otro a su izquierda.

Los que pasaban por ahí lo insultaban moviendo la cabeza y gritándole:

T «Tú, que destruyes el templo y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz».

C También se burlaban de él los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos, diciendo:

T «Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo. Si es el rey de Israel, que baje de la cruz y creeremos en él.

Ha puesto su confianza en Dios, que Dios lo salve ahora, si es que de verdad lo ama, pues él ha dicho: “Soy el Hijo de Dios”».

C Hasta los ladrones que estaban crucificados a su lado lo injuriaban.

Desde el mediodía hasta las tres de la tarde, se oscureció toda aquella tierra. Y alrededor

de las tres, Jesús exclamó con fuerte voz:

✠ «Elí, Elí, ¿lemá sabactaní?»

C que quiere decir:

✠ «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

C Algunos de los presentes, al oírlo, decían:

T «Está llamando a Elías».

C Enseguida uno de ellos fue corriendo a tomar una esponja, la empapó en vinagre y sujetándola a una caña, le ofreció de beber.

Pero los otros le dijeron:

T «Déjalo. Vamos a ver si viene Elías a salvarlo».

C Entonces Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, expiró.

Aquí todos se arrodillan y guardan silencio por unos instantes.

C Entonces el velo del templo se rasgó en dos partes, de arriba a abajo, la tierra tembló y las rocas se partieron. Se abrieron los sepulcros y resucitaron muchos justos que habían muerto, y después de la resurrección de Jesús, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a mucha gente. Por su parte, el oficial y los que estaban con él custodiando a Jesús, al ver el terremoto y las cosas que ocurrían, se llenaron de un gran temor y dijeron:

T «Verdaderamente este era Hijo de Dios».

C [Estaban también allí, mirando desde lejos, muchas de las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirlo. Entre ellas estaban María Magdalena, María, la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

Al atardecer, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que se había hecho también discípulo de Jesús. Se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús, y Pilato dio orden de que se lo entregaran. José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo depositó en un sepulcro nuevo, que había hecho excavar en la roca para sí mismo. Hizo rodar una gran piedra hasta la entrada del sepulcro y se retiró. Estaban ahí María Magdalena y la otra María, sentadas frente al sepulcro.

Al otro día, el siguiente de la preparación de la Pascua, los sumos sacerdotes y los fariseos se reunieron ante Pilato y le dijeron:

T «Señor, nos hemos acordado de que ese impostor, estando aún en vida, dijo: “A los tres días resucitaré”. Manda, pues, asegurar el sepulcro hasta el tercer día; no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan luego al pueblo: “Resucitó de entre los muertos”, porque esta última impostura sería peor que la primera».

C Pilato les dijo:

T «Tomen un pelotón de soldados, vayan y aseguren el sepulcro como ustedes quieran».

C Ellos fueron y aseguraron el sepulcro, poniendo un sello sobre la puerta y dejaron ahí la guardia.]

— *Palabra del Señor.*

M E D I T A C I O N

He aquí que viene a ti tu rey

Venid, y al mismo tiempo que ascendemos al monte de los Olivos, salgamos al encuentro de Cristo, que vuelve hoy de Betania y, por propia voluntad, se apresura hacia su venerable y dichosa pasión, para llevar a plenitud el misterio de la salvación de los hombres.

Porque el que va libremente hacia Jerusalén es el mismo que por nosotros, los hombres, bajó del cielo, para levantar consigo a los que yacíamos en lo más profundo y colocarnos, como dice la Escritura, por encima de todo principado, potestad, fuerza y dominación, y por encima de todo nombre conocido. Y viene, no como quien busca su gloria por medio de la fastuosidad y de la pompa. No porfiará, dice, no gritará, no voceará por las calles, sino que será manso y humilde, y se presentará sin espectacularidad alguna.

Ea, pues, corramos a una con quien se apresura a su pasión, e imitemos a quienes salieron a su encuentro. Y no para extender por el suelo, a su paso, ramos de olivo, vestiduras o palmas, sino para prosternarnos nosotros mismos, con la disposición más humillada de que seamos capaces y con el más limpio propósito, de manera que acojamos al Verbo que viene, y así logremos captar a aquel Dios que nunca puede ser totalmente captado por nosotros.

Alegrémonos, pues, porque se nos ha presentado mansamente el que es manso y que asciende sobre el ocaso de nuestra ínfima vileza, para venir hasta nosotros y convivir con nosotros, de modo que pueda, por su parte, llevarnos hasta la familiaridad con él.

SAN ANDRÉS DE CRETA (HOMILÍA PARA EL DOMINGO DE RAMOS: PG 97, 989-993.)

Natural de Damasco, monje en Jerusalén, obispo de Creta, poeta litúrgico y predicador. Es venerado como santo en Oriente (660?-740).

PETICIONES

Todos permanecen de pie y se hacela Oración universal, tal como ha sido preparada, o bien según la fórmula siguiente:

Con confianza filial y con sencillez de corazón, acudamos a nuestro Padre del cielo y, en nombre de la humanidad, supliquémosle diciendo:

R ¡Oh Señor, envía tu Espíritu, que renueve la faz de la tierra!

A nuestro papa Francisco, a nuestros obispos, a nuestros sacerdotes, envíales el espíritu de piedad: que en estos tiempos de prueba sigan siendo, más que nunca, los buenos pastores que guían, ante todo con su ejemplo, a tus hijos por los caminos de la santidad. **R**

A nuestros gobernantes, envíales el espíritu de consejo, que tomen las decisiones adecuadas para el bien común. **R**

A nuestros investigadores, envíales el espíritu de ciencia, de modo que encuentren los remedios que salvan. **R**

Al personal sanitario, envíales tu Espíritu de amor, Para que transfigure el don que hacen de sí mismos al servicio de los demás. **R**

A los enfermos, envíales el espíritu de fortaleza. Haz que tengan el coraje de ofrecer su pasión, en unión con la Eucaristía de tu Hijo Jesucristo. **R**

Envíanos, por último, el espíritu de sabiduría,
para que, en todas las circunstancias,
adoremos el designio benevolente de tu Providencia;
envíanos también el espíritu de inteligencia,
para que encontremos en tu palabra las respuestas
a nuestras preguntas.
Envíanos, finalmente, el espíritu de temor de Dios
para que permanezcamos fieles a tu amor,
y no temamos más que lo que nos puede separar de ti. *R*

Intenciones libres

COMUNIÓN ESPIRITUAL

En actitud orante, ante Dios Creador de todo y Redentor nuestro, con sed de Eucaristía, pedimos:

Yo quisiera, Señor, recibirte con aquella pureza,
humildad y devoción con que te recibió tu santísima Madre;
con el espíritu y fervor de los santos.

O también, con la fórmula de san Alfonso María de Liguori:

Creo, Jesús mío, que estás realmente presente
en el Santísimo Sacramento del Altar.
Te amo sobre todas las cosas y deseo recibirte en mi alma.
Pero como ahora no puedo recibirte sacramentado,
ven al menos espiritualmente a mi corazón.

Se hace una pausa en silencio para adoración

Como si ya te hubiese recibido, te abrazo y me uno del todo a ti.
No permitas, Señor, que jamás me separe de ti. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Todos la pueden pronunciar, mirando hacia la cruz, para pedir la bendición del Señor.
Que la paz de Dios guarde nuestros corazones y nuestros pensamientos en Cristo Jesús,
nuestro Señor. Amén.

O bien:

Que el Señor vuelva su rostro hacia nosotros y nos conceda la paz. Amén.

Todos se signan. Los padres podrán trazar el signo de la cruz en la frente de sus hijos.

ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO A MARÍA EN LA PANDEMIA

Oh María, tú resplandeces siempre en nuestro
camino como signo de salvación y de esperanza.
Nosotros nos confiamos a ti, Salud de los enfermos,
que bajo la cruz estuviste asociada al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe.

Tú, salvación de todos los pueblos,
sabes de qué tenemos necesidad y estamos seguros
que proveerás, para que, como en Caná de Galilea,
pueda volver la alegría y la fiesta después de este momento de prueba.
Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y a hacer lo que nos dirá Jesús,
quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos
y ha cargado nuestros dolores para conducirnos,
a través de la cruz, a la alegría de la resurrección.
Bajo tu protección buscamos refugio,
Santa Madre de Dios.
No desprecies nuestras súplicas, que estamos en la prueba,
y libéranos de todo pecado, o Virgen gloriosa y bendita.
Amén.

CANTO A MARÍA

Para concluir la celebración, se puede entonar el canto siguiente, o cualquier otro conocido, mirando en su caso hacia una imagen de la Virgen colocada previamente en la sala de estar.

*Sub tuum praesidium, confúgimus,
Sancta Dei Génitrix.
Nostras deprecationes ne despicias
in necessitatibus,
sed a periculis cunctis
liberanos semper,
Virgo gloriósa et benedícta.*

*¶ Ora pro nobis sancta Dei Genetrix.
℟ Ut digni efficiamur promissionibus Christi.*

Bajo tu amparo nos acogemos,
santa Madre de Dios;
no desoigas las súplicas
que te dirigimos en nuestras necesidades,
antes bien, líbranos de todo peligro,
¡oh siempre Virgen, gloriosa y bendita!

*¶ Ruega por nosotros, santa Madre de Dios.
℟ Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.
Amén.*

*Durante este momento difícil, Magnificat se complace en ofrecer el acceso gratuito a
nuestra versión online para ayudar a la gente a rezar desde casa.
www.magnificat.com/gratis*